



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II 27 de julio de 1889 Núm. 91



EL PRIMITO RICARDO

Ayuntamiento de Madrid



UN RATO DE CHARLA

NADA más delicioso que el parlamentarismo; pero no vayáis á creer que al decir esto me refiera á lo que se ve ó, por mejor decir, se habla aquí en España, pues á la verdad se me da un bledo de cuanto sempiternamente peroran Romero Robledo, y Sagasta, y Cánovas, y este, y el otro, y el de más allá, y el de la derecha, y el de la izquierda, y el del centro, y el de arriba, y el de abajo, y el de en medio, y el de cerca, y el de lejos, y el blanco, y el negro, y el rojo, y el tornasolado, y el flaco, y el gordo, y Fulano, y Zutano, y Mengano, y Perengano, y *Machin*, y *Chosse*, y todos juntos y sin juntar, y unidos y desunidos, y fundidos y sin fundir, y coincidos y desperdigados, y emplazados y de reemplazo, y que sé yo qué, ni que sé yo cuántos, ni ganas de saberlo. Nada de eso: me refería á lo que ha sucedido en Francia.

Recordaréis, en efecto, que os dije que después de una reñidísima batalla habían los franceses adquirido el cuadro de Millet intitulado el *Angelus*, por la suma redonda de 580,000 francos, en medio de los más atornadores gritos de ¡*Viva Francia!*

Pero una cosa es que la patria desee una cosa y otra cosa es que esta cosa merezca la atención de los padres de la patria susodicha. Envióse una comunicación á la *Chambre* para que votase el crédito necesario para la adquisición del cuadro, y como había otros asuntos de mucha mayor importancia en que ocuparse, como era impedir que pudiese ser elegido diputado Boulanger, llegó la hora de enviar á paseo á la *Chambre*, y el crédito se quedó sin votar, y el *Angelus* ha caído en manos de la *Asocia-*

ción Artística Americana, que se dispone á embalarlo para que se gocen en él los aficionados neoyorkinos.

No hay por qué ponderar el desconsuelo que se ha apoderado de aquellos buenos patriotas, que han tenido que devorar tal humillación por culpa de sus legisladores, aunque, á la verdad, apenas si una docena de



Jugando á soldaditos

éstos deben entender en cuadros, importándoseles lo mismo *Angelus* que demonios mientras puedan *salir* diputados otra vez.

Frase extraña y absurda, pues lo que es *salir* han salido ya, siendo ahora lo morrocotudo que puedan volver á *entrar*.

Y ya que de París tratamos, bueno será decir que las familias que se propongan visitar la Exposición Universal (con la cual empiezan ya los franceses á estar un poquito cargantes, volviendo á su incurable manía de no encontrar nada bueno sino lo suyo) procuren no llevar allí los niños pequeñitos, pues el otro día, en medio de aquel gentío de cuatrocientas mil almas, se extraviaron *diez y siete*, lo cual siempre es origen de un mal rato, aunque después se encuentren. Verdad es que á uno de esos niños no se había presentado nadie á reclamarle al día siguiente.

He hablado con una porción de personas que regresaban *de la Exposición*, y, al preguntarles que si les había gustado, no he podido sacar de ellas más respuesta que la de: —*¡No puede V. figurarse lo que es aquello!* Lo cual me hace sospechar que han tenido dinero para ir, pero que no han visto nada. ¡Sólo un joven me habló con entusiasmo del pabellón... ¡de Suecia! Sin duda debe gustarle mucho el aceite de hígado de bacalao, que es lo que hay principalmente.

Respecto á los contenidos, á lo *expuesto*, parece resultar que no hay allí nada de particular. La Exposición es esencialmente una feria para divertirse, en cuyo ramo sabido es que sobresalen los franceses. En cuanto á concurrencia, claro está que no ha de faltar hallándonos, como nos hallamos, en el siglo de los *snobs*, palabra inglesa intraducible que viene á decir *cursi, imitador, tonto, fachendoso, vanidoso*, todo en una pieza. Me apresuro á declarar, en honor á la verdad, que, gracias á la altivez del carácter español, hemos sabido sustraernos hasta ahora al *snobismo*, plaga eminentemente anglo-francesa.

Triste es tener que reconocer, sin embargo, que el feo vicio de la *imitación* va introduciéndose ya entre nosotros más de lo que debiera, y no quiero señalar por no disgustar á quien no tiene la culpa y es digno de respeto por toda clase de motivos. Si nos quitan la fama de gente original, ¿qué va á quedarnos, pobres de nosotros?

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LA MEDALLA DE ORO

(A RAMONCITO)

ERA bueno, dócil, inteligente, aplicado y estudioso. Adornábanle las condiciones más favorables para descollar entre todos sus compañeros de aula, para aspirar á ser el primero entre ellos, para prometerse como fruto de sus estudios el supremo galardón que le es dado ambicionar á un niño; pero jamás soñó en poseerlo, nunca la halagadora idea de obtener la medalla de oro acarició su mente, fué estímulo para inducirle á perseverar en sus aficiones. Estudiaba porque estaba persuadido de que era este su deber, y en su cumplimiento cifraba Pedrito todas sus ambiciones. Los exámenes, las notas brillantes, el reparto de premios en presencia de las primeras autoridades y de las familias y allegados de sus condiscípulos, los diplomas, medallas y coronas ganadas en la más hermosa de las lides, eran detalles secundarios para él, tan secundarios que ni tan siquiera se preocupaba de pensar en ello; y es que la ambición, aún siendo legal, se siempre un defecto, y en el alma hermosísima de Pedrito no cabía sombra alguna defectuosa.

Llegó fin de curso, y, al procederse á los exámenes, aquel niño de tan fácil y brillante inteligencia, al verse delante de los profesores que formaban el tribunal de examen, se sintió dominado por extraordinaria timidez, por una pavora tan grande que conturbó profundamente su serenidad. En vano le preguntaban los profesores, imposible: no acertaba á contestar: su imaginación parecía haberse apagado súbitamente, sus estudios haberse borrado de su memoria. ¿Qué era lo que pasaba por su alma? No lo sabía. Si hay noche para nuestros sentidos, si la luz de la inteligencia, al igual que la de los más radiantes astros, es susceptible de eclipses alguna vez, era lo que le invadía: una noche de insondable negrura, un eclipse de sombras tan densas y pavorosas que anegaban por completo su inteligencia, su alma y su corazón. Como Dios le dió á entender terminó su examen, retirándose de la presencia de sus profesores tan confuso y aturdido que apenas si sabía por donde andaba. De aquel aturdimiento le sacaron las bromas de sus condiscípulos, los cuales,

INFORTUNADO BANQUETE DE UNOS MONOS



El mono de mayor autoridad presidía

cebándose en el estado de su ánimo, le soltaron toda suerte de inconveniencias, asegurándole que se había ganado la medalla de oro. Pedrito miró con lastimoso desdén aquellos tiranuelos y se retiró á su casa, sintiendo, no por él, sino por su madre, la contrariedad que acababa de sufrir.

Al conocer ésta el resultado de aquel examen, amonestó severamente á Pedrito. Ella estaba persuadida de que su hijo ganaría el primer premio, y, al persuadirse de lo equivocado de su suposición, no pudo disimular el mal efecto que le causaba. Pedrito guardó respetuoso silencio ante las observaciones de su madre, y, cuando comprendió que se había calmado su enojo, le dijo:

—No temas: pediré examen en setiembre y entonces lo ganaré.

No tuvo, sin embargo, que esperar tanto.

* * *



Comparece un leopardo; dase el grito de sálvese el que pueda, pero el infeliz no puede valerse de sus patas.

Era el día del reparto de premios. El vasto salón de actos del colegio presentaba un conjunto animadísimo, brillante, seductor. En el testero principal habíase levantado el estrado, en cuyo fondo y bajo elegante dosel veíase el retrato de S. M. la Regente del Reino, llevando el Rey niño en brazos. Al pié del dosel y detrás de una mesa cubierta por magnífico tapiz, y en la que se hallaban los premios que debían repartirse á los niños, se habían colocado los sillones destinados á las autoridades que debían presidir el acto. La tribuna, desde la cual un profesor debía dar lectura de los méritos y nombres de los agraciados, se había levantado á la derecha del estrado.

Momentos antes de dar comienzo el acto, las sillas destinadas á los invitados estaban completamente ocupadas por las familias de los alumnos. Estos, luciendo sus mejores galas, discurrían alegre y bulliciosamente por la calle abierta entre las sillas en el centro del salón y en los gabinetes inmediatos, revelando todos,

en lo risueño y animado de sus semblantes, la dulce satisfacción de que se hallaban poseídos. Hasta Pedrito, á pesar de la pena que le roía el alma, parecía contento y departía amigablemente con los que, indiscretos é impertinentes, se mofaron de su cortedad el día de sus exámenes. ¡Qué charla, qué gritería la de aquellos chicos! ¡Qué reír y retozar unos con otros! Chiquillos parecían todos, pero chiquillos entregados á las más infantiles expansiones. Al fin el silencio se impuso: una campana dió la señal de que el acto iba á comenzar. Precediendo á las autoridades entraron los profesores,

en tanto que en un gabinete inmediato los alumnos entonaban un himno escrito al efecto para aquella solemnidad. Colocadas las autoridades en sus sitios, los alumnos cesaron de cantar, y formados en grupos entraron silenciosa y correctamente en el salón. A los pocos momentos el director dijo el discurso de fórmula. También el señor obispo pronunció algunas palabras, y algún otro señor que vestía de uniforme dijo alguna cosa á su vez. Los alumnos se mantuvieron quietos, silenciosos, impasibles: sólo cuando el secretario subió á la tribuna se produjo entre ellos una agitación viva, extraordinaria, algo parecida al rumor de una ola que nace suave y rompe formidable. Un vigoroso campanillazo del director restableció el silencio, y la ansiada lectura dió comienzo. Según se desprendía de ella, los deseos y los esfuerzos de los profesores se habían visto aquel curso plenamente coronados: todos los alumnos habían obtenido favorables notas sin que ni uno solo hubiese perdido el curso. Sin embargo, contra lo que los profesores se prometían, el premio de honor, la medalla de oro, quedaba sin adjudicar: el alumno merecedor de ella había sufrido una perturbación extraordinaria en el acto de los exámenes, y, procediendo con escrupulosa legalidad, el tribunal no se la pudo acordar.

Aquella lectura, atendida con fervorosa atención, fué de pronto interrumpida por un grito de espanto dado por un empleado del colegio que se hallaba en una sala inmediata. Al grito sucedió la terrible voz de—*¡Fuego! ¡Cerrar el contador, que el gas va á inflamarse!*; y, á esa exclamación siniestra y aterradoras, el espanto mayor, la confusión más indescriptible.—*¡Cerrar el contador! ¿Quién iba á atreverse á ello? ¿Quién era capaz de atravesar la asfixiante nube que invadía el corredor?* De pronto un niño abandona su sitio, atraviesa apresuradamente la sala, penetra en aquella masa de negrura é inflamadas lenguas, y desaparece de la vista de todos como tragado por un antro infernal. Instintivo terror se apodera de las madres que asisten á la fiesta. *¡Todas llaman y buscan á sus hijos! ¡Todas menos la madre del héroe! ¡Esta no había asistido! ¡No había asistido porque su Pedrito no había alcanzado el primer premio!...*

Cuando, pocos segundos después, quedaba el peligro conjurado, el cuerpo exánime de Pedrito era trasladado á la enfermería, donde acudieron sus compañeros, ganosos de prodigarle toda suerte de demostraciones de cariño, de simpatía, de inextinguible gratitud; pero Pedrito no contestaba á ninguna de ellas: su aletargamiento era tal que en algunos momentos parecía faltarle de vida. Los cuidados que se le prodigaron, sin embargo, consiguieron al fin vencer el mal. Al recobrarse vió Pedrito sobre su pecho la medalla de oro, y asombro inexplicable se reflejó en su amoratado semblante. Adivinando el estupor



... y hé aquí el desenlace del terrible drama



El gallinero

de su sorpresa, el director le abrazó bondadosamente, diciéndole:—Tuya es esta medalla: si la perdiste como niño tímido, la has recobrado hoy como héroe. Guárdala siempre para que ella te recuerde tu noble y ejemplar abnegación.

ANTONIA OPISSO



Pasea por la arena
un lindo cochecito.
La tarde está serena,
el mar está fresquito,
y contento y sin daño
un niño toma un baño.
El coche ya ha llegado
donde el rapaz se goza
de todo descuidado.
Detienen la carroza
la dama y caballero,
y dice ella primero:
—¿Está el agua muy fría?—
—Templada, mi señora.—
—¡Oh, cuál me gustaría
bañarme en esta hora
sin pena ni cuidado
cual tú te habrás bañado!

A.





LOS LIBROS



No hay mejor amigo que un libro.

Nadie podrá negarlo.

Este consuela muchas veces las penas; recrea el espíritu, é ilustra la inteligencia.

No hay horas mejor aprovechadas que las que dedicamos á la lectura.

Porque en un libro, por malo que sea, siempre se encuentra en él algo que merezca leerse, según dice un célebre escritor.

Indudablemente que algún beneficio se puede sacar.

La lectura ayuda á desarrollar la inteligencia, aclara las ideas, contribuye á que se adquiera más facilidad para expresarlas.

Más que á las lecciones del maestro, á los libros debemos muchos conocimientos que adquirimos en la niñez.

Para las personas verdaderamente aficionadas á leer, una buena biblioteca es el recurso más agradable que pueden encontrar en las largas y frías veladas de invierno.

En los libros hallamos la más amena sociedad que pudiéramos apetecer.

Sin necesidad de salir de casa, cómodamente sentados junto á la chimenea, tomamos aquellos que más nos placen y distraen; como que cada libro trata de un asunto distinto: éste nos narra pintorescos viajes por lejanos países que jamás hemos visto y que tal vez nunca llegaremos á visitar; aquél nos habla de la historia antigua y moderna; el otro nos describe las maravillas de la naturaleza; y el de más allá nos refiere los sucesos más culminantes del mundo ó nos da á conocer los descubrimientos y adelantos de nuestro siglo.

Toda la sabiduría de la humanidad se encierra en los libros.

El aficionado á la lectura pertenece á todas las edades: merced al libro, se pone en comunicación directa con los sabios más eminentes que han existido y comulga con sus propias ideas.

En los libros admiramos las grandes creaciones del talento.

La forma primitiva de éstos era muy distinta de la que tienen en nuestros días.

Algunos siglos antes de la invención de la imprenta, cuando aún no se conocía otra escritura que la manuscrita, los primeros libros que se inventaron tenían la forma de un rollo, pues en vez de hojas sueltas y unidas por un lado, como se hacen hoy, éstos eran unas tiras largas de pergamino, de más ó menos varas, según la extensión de la obra, y se escribía por sólo un lado á lo ancho, formando planas ó cuartillas, que se separaban cada una por una

raya hasta concluir; de manera que, según se leía, se iban desenvolviendo aquellas larguísimas tiras, que al final tenían pegadas unas tablitas ó rollos de madera cuyos extremos estaban perfectamente labrados y formaban algunas caprichosas figuras, en las cuales se envolvían todas las tiras, atándolas con unas cintas para que no se desarrollasen. Al dorso, en la parte que quedaba encima, se escribía el título de la obra y nombre del autor, rodeado de orlas y dibujos, y adornado hasta con incrustaciones de oro, plata y piedras preciosas.

Hay quien asegura haberse escrito con letras de oro, en un intestino de dragón de 120 pies de largo, toda la *Iliada* y la *Odisea*.



El murciélago

Más tarde, con la invención de la imprenta, se les dió á los libros la forma que hoy tienen, que es la más cómoda para leer y para su conservación; pues el papel perfectamente prensado entre las cubiertas de cartón, no se deteriora tan fácilmente.

Las primeras encuadernaciones se hicieron en pergamino, como aún puede verse en obras del siglo x y xii, que conservan algunos bibliófilos.

Actualmente no se hacen las riquísimas encuadernaciones que en la antigüedad, lo que demuestra que entonces apreciaban más los libros que ahora. En estos tiempos más positivos, por mucho que valga una obra, no se adorna con piedras preciosas.

Una de las famosas bibliotecas que han existido en la antigüedad, era la de los faraones de Egipto, que ocupaba cuarenta salas del palacio del Cairo, y contenía más de un millón seiscientos mil volúmenes, cuyos libros eran notables por la belleza de sus caracteres y magníficas encuadernaciones, enriquecidas de oro y plata y piedras preciosas.

Parece imposible que antes de la invención de la imprenta, cuando tan costoso era trazar caracteres, hubiese un número tan considerable de libros

y bibliotecas públicas; pues otra de las que han existido hace algunos siglos, y que citan autores orientales, es la que los príncipes Amárides habían fundado en Trípoli y Siria, que se componía de tres millones de volúmenes. En 1019, cuando esta ciudad cayó en poder de Bertrand, conde de San Gil, uno de los jefes de las cruzadas, los vencedores quedaron estupefactos á la vista de tantos libros como encerraba la biblioteca.

En Egipto, Mauritania, España y Siria, y otras comarcas que estuvieron sometidas al yugo del Corán, los príncipes rivales ó vasallos de las califas se distinguieron por el amor á las letras y fundaron magníficas bibliotecas.

En nuestros días se lee mucho, pero con poco provecho.

El sinnúmero de periódicos humorísticos que hoy se publican contribuye á que la juventud desdeñe los libros serios é instructivos.

La mayor parte de las mujeres no leen nunca.

Señora hay que se va del mundo sin haber leído otro libro que el de cocina.

En cambio otras se pasan el día leyendo.

Por lo regular no leen por instruirse, sino por costumbre ó vicio. Olvidan sus obligaciones por la lectura, sin darse cuenta de lo que leen, y lo que sacan es ponerse la cabeza como una olla de grillos.

Como la educación de la mujer en nuestro país peca de superficial, no buscan en los libros ilustrar su inteligencia, sino matar el tiempo agradablemente con la lectura de novelas, más ó menos románticas, que les presentan la vida bajo un prisma engañador, muy distinto de lo que realmente es.

De aquí que haya tanta joven desgraciada.

Forzoso es reconocer que muchas obras de este género son perjudiciales.

Como la juventud está siempre predispuesta á fantasear, con su lectura la imaginación se extravía y se forja un ideal que no existe.

Por eso hemos ganado mucho con que el buen gusto haya desterrado este género de novelas, poniendo en boga las llamadas *naturalistas*, que, si no dejan de tener sus peligros para la juventud cuando el escritor moja su pluma en el cieno, en cambio presentan la vida cual es, sin optimismos trasnochados.

Leed, pues, amables lectores, que la lectura de los buenos libros recrea la imaginación, aclara las ideas y nos saca de la ignorancia en que nacimos.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE





✻ NUESTROS GRABADOS ✻

EL PRIMITO RICARDO

Van los tres de paseo
muy limpios y aseados,
y en medio de las damas
va nuestro don Ricardo,
orondo y satisfecho,
ante tal agasajo.
El nene es muy despierto
y promete ser algo.

JUGANDO Á SOLDADITOS

Los dos niños, guerreros en ciernes,
han formado ya un gran batallón,
mas no hay día que no haya una baja
de resultas de algún mojicón.

EL GALLINERO

Llevando en la mano una corteza de pan, entré cierta mañana en el corral para entretenerme un rato con las gallinas. Sentéme en un banco, y, apenas atisbaron aquellas codiciosas aves la corteza, rodeáronme al punto. Una de ellas, más atrevida que las otras, saltó á mi lado, cogió el pan que yo le mostraba, y echó á correr, perseguida por todas sus compañeras, que trataban de arrebatarárselo. La corteza corrió de pico en pico, hasta que nada quedó de ella; y á expensas de las gallinas pasé el rato muy divertido.

EL MURCIÉLAGO

Después de lo que le dijo
el buen fray Diego González,
¿qué más llamarle podremos
al Queiropiteco infame?
Pues esperar que pase uno
de nuestra caña al alcance,
apellidarle ¡alevoso!
y dejarle que se marche.

COGIENDO MARIPOSAS

¡Pobrecita mariposa!
No ya más revolotees:
huye presto de los lazos
que ese traidor te tiende.

EL MOCHUELO Y LOS POLLOS

—A juzgar por tu plumaje húmedo y por tu pico,—dijo una dama á un mochuelo que acababa de coger en su jardín,—inclinome á creer que es muy verdad cuanto se dice sobre tus perversos instintos; y por el cacareo que acabo de oír en el corral, temo que hayas devorado alguno de los polluelos de mi hermosa gallina Bramah. Si es así, debo castigar semejante fechoría para que no vuelvas á reincidir.

—Escucha, hermosa dama,—contestó el mochuelo;—allá en el fondo del bosque, y en el hueco de un árbol, tengo yo también mi prole, que me pide diariamente su alimento, y para dárselo expongo mi vida cuando el caso lo requiere, pues, de lo contrario, todos pereceríamos. No soy yo más culpable que tu gallina, que busca á la inofensiva lombriz entre la tierra, y sacrificala sin compasión para nutrir á sus polluelos. Y tú misma, cuando tus hijos han crecido, coges uno de aquellos y le inmolas para ofrecer mejor alimento á tus criaturas. Todos hacemos lo mismo en nuestra lucha por la existencia: cada cual para sí y Dios para todos. Si tu procuras por todos los medios conservar la vida á los tuyos, no debes extrañar que yo te imite, ni debes condenarme por lo que tú misma harías.



LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA

(Continuación)

El día de nuestra partida hacia un tiempo tan dulce y caluroso que casi parecía inútil el partir. Pero habían llegado el día y la hora: como una nube de la mañana, la tropa de los viajeros emprendió su vuelo á través de la mar. Nos elevamos rápidamente en los aires hacia la bella Francia y las radiantes comarcas que se extienden más allá.

Después de haber volado largo tiempo detúveme un instante para mirar hacia atrás. Encima de mí estaba el cielo azul en su inmensidad, debajo el azul del mar, y muy lejos, detrás de nosotras, las blanquecinas rocas que habíamos abandonado. Era el domingo por la mañana. Oíamos aún las campanas de las iglesias sembradas á lo largo de la costa que llamaban á misa. Su soni-

do repercutía entre las ondas tranquilas como una música triste y lejana, último adiós de la Inglaterra á los que abandonaban sus riberas.

Cuando hubimos cruzado el mar, nuestro vuelo fué rápido y seguro. En algunos días hicimos mucho camino y alcanzamos prontamente las llanuras que hay á lo largo de las costas meridionales de Francia. Entre Italia y nosotros no había sino los Alpes. Llegamos una mañana al pie de esos grandes montes, y al siguiente día sorprendíanos la noche aún en medio de un solitario desfiladero.

Las montañas, elevándose á cada lado, ocultaban al sol poniente, pero veíamos reflejarse una luz rojiza en la parte oriental del valle. Las masas de rocas y los abetos que guarnecían sus laderas tenían un matiz sonrosado encantador. Poco á poco fué desapareciendo y pronto le siguió la luz del día:



Cogiendo mariposas

las tinieblas envolvieron primeramente las grietas de la montaña, después se fueron haciendo más espesas y se extendieron hasta que todo el valle quedó en la oscuridad.

Podíamos distinguir aún el perfil de las rocas que se dibujaba sobre el cielo, y el torrente espumeante que se quebraba por debajo de nosotros. Muy arriba, una raya de una blancura muy intensa mostraba la región de las nieves perpetuas. Hallábamonos reunidas por la noche en medio de grupos de abetos que crecían á lo largo de la montaña, extendiendo sus ramas por encima del precipicio, mientras que algunos troncos desarraigados por una avalancha obstruían el sendero escarpado. Temblaba yo al soplo de la noche, y me esforzaba en vano por encontrar abrigo entre las puntiagudas hojas de los pinabetes. Sentíame helada y bien chiquitita, y cuando todas las voces de mis compañeras se hubieron callado una tras otra, quedé azorada y sin sueño en medio de aquella soledad alpestre. El ruido del agua en las rocas y los gemidos del viento entre las ramas parecían aumentar aún la soledad lúgubre de aquel lugar. No hacía luna. A veces creía sentir la espuma del torrente que se precipitaba para mezclarse á las ondas agitadas que batían las laderas de la montaña.

Triste y fatigada oculté mi cabeza bajo mi ala y pensé en Inglaterra y en los arroyos apacibles. El sol comenzaba á dorar la cima de las montañas, pero reinaba aún la noche en el valle cuando oímos un rebaño de cabras que bajaba por el sendero que había debajo de nosotras. Resonaban sus esquilas mientras seguían la vereda y el pastor cerraba la marcha entonando melodías de su país. Dispertéme y escuché. La voz y las esquilas se perdieron en las tinieblas; pero las había oído en mi sueño, y soñé que eran las

campanas de las iglesias de Inglaterra que nos decían todavía adiós.

Viajamos á través de las llanuras fértiles del norte de Italia, y después atravesamos los Apeninos. Cuando llegamos delante de una ciudad rodeada de colinas azuladas, con gran número de cúpulas que se elevaban hacia el cielo y una cúpula por encima de todas las otras, supimos que estábamos viendo á Roma y que, por algún tiempo á lo menos, habíamos encontrado un lugar de reposo.

(Se continuará)



El mochuelo y los pollos

Púseme á buscar á Claudio, pero durante muchos días le busqué vanamente. Vi el Corso y los espléndidos carruajes, vagué por entre los bosquecillos y las estatuas de la Academia de Francia, recordé las relaciones que hacía Claudio de la campiña de Roma, bebí el agua de la fuente Egeria, hablé amistosamente con las golondrinas que vivían entre los grandes picos de la Villa Doria, revoloteé entre las tumbas silenciosas y sombrías; pero siempre en vano.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA